

EDMÉE

6

LA CARIDAD BIEN ENTENDIDA

Le Figaro, el diario predilecto de la más encopetada burguesía francesa, ofreció este cuentecito como aginaldo á sus lectores.

EDMÉE

LA CARIDAD BIEN ENTENDIDA

Le livre, el libro producido de la más
encomendable purgación francesa, ofreció este
cuentecito como aguijón a los lectores.

Horteur, el fundador de *La Estrella*, el director político y literario de la *Revista Nacional* y del *Nuevo Siglo Ilustrado*; Horteur me recibió en su despacho amablemente, para decirme desde el fondo de su poltrona de director:

—Mi estimable Marteau: escribame un cuentecito para el número extraordinario del *Nuevo Siglo*. Trescientas líneas referentes al «Día de Año Nuevo». Algo muy vivo, con perfume aristocrático.

Respondí á Horteur que mis convicciones me imponían otra tendencia, pero que de cualquier modo, yo tendría mucho gusto en escribir un cuento para el *Nuevo Siglo*.

—Me complacería que se titulara: «Cuento para los ricos».

—Yo preferiría llamarle: «Cuento para los pobres».

—Verá usted lo que yo deseo: un cuento que inspire á los ricos la compasión que los pobres merecen.

—Precisamente á mí no me gusta que los ricos tengan compasión de los pobres.

—¡Siempre original!

—No soy original, soy científico. La compasión del rico hacia el pobre me parece injuriosa y contraria á la fraternidad humana. Si desea usted que hable á los ricos, les diré: «Librad á los pobres de vuestra compasión, que de nada sirve. ¿Por qué decís que os inspiran mucha lástima y no les hacéis justicia? Tenéis una cuenta pendiente con ellos. Liquidadla. No es una cuestión de sentimiento, es una cuestión de economía. Si lo que les dais caritativamente sólo sirve para prolongar su pobreza y vuestra fortuna, ese don es inícuo, y las lágrimas en que lo anegáis no son bastante poderosas para justificarlo y para absolveros. «Hay que restituir»,

como decía el procurador al juez después del sermón del hermano Maillard. Dais limosna porque no queréis restituir; dais un poco para guardar mucho; ¡y os quedáis tan satisfechos! De igual modo el tirano de Samos arrojó su anillo al mar; pero la Némesis de los dioses no aceptó aquella ofrenda: un pescador devolvió al tirano su anillo en el vientre de un pez, y Polycrates fué despojado de todas sus riquezas.

—¿Habla usted en broma?

—No hablo en broma; quiero decir á los ricos piadosos que su piedad es una usura, que son bienhechores por la ganancia y generosos por interés; que no es así como se liquida. Mi consejo puede serles útil.

—¿Pretende usted insertar ideas semejantes en el *Nuevo Siglo*, para arruinar la empresa del periódico? ¡No lo consentiré, amigo mío, no es posible que yo lo consienta!

—¿Por qué se obstinan ustedes en que un rico se conduzca con los pobres de distinto modo que con los poderosos? A éstos les da lo que les debe, y cuando no les debe nada, nada les da. Si realmente se considera hon-

rado, ¿por qué no hace lo mismo con los pobres? No dirá usted que los ricos no deben nada á los pobres, pues no creo posible que ni un solo rico lo piense. La importancia de la deuda es lo único discutible; pero no se apresuran á calcularlo y prefieren continuar en la incertidumbre. Saben que deben, y no les preocupa saber cuánto deben; para disculparse facilitan alguna vez pequeñas cantidades. Esto es lo que llaman Beneficencia, y les resulta muy provechosa.

—Lo que acaba usted de decir, estimado colaborador, no tiene sentido común. Es posible que sea yo más socialista que usted, pero mi socialismo es práctico: suprime un sufrimiento, prolonga una existencia, remedia en lo posible la injusticia social; será poco el bien que hace, pero hecho queda; no es todo, pero es algo. Si el cuento que le pedí enternece á un centenar de opulentos suscriptores, y los predispone á ser generosos, disminuirán el dolor y el sufrimiento. Así se hace poco á poco soportable la condición de los pobres.

—¿A quién le conviene que la condición

de los pobre resulte soportable? La pobreza es ineludible mientras haya riqueza, porque la riqueza es el origen de la pobreza. Estos dos males se engendran el uno al otro, y forzosamente han de ir juntos. No debe mejorarse la condición de los pobres: debe suprimirse. No induciré á los ricos á que den limosna. Su limosna envenena; la limosna favorece más á quien la da que á quien la recibe. Si la riqueza es fría y cruel, no debe disfrazarse con engañosas apariencias de dulzura. Puesto que tiene usted empeño en que yo escriba para los ricos, les diré: «Vuestros pobres son vuestros perros, á los cuales criáis para que muerdan. Los socorridos forman vuestra jauría que ladra á los proletarios. Los ricos dan sólo á quien pide. Los trabajadores no piden, y nadie les da nada.»

—Pero los huérfanos, los imposibilitados, los ancianos...

—Tienen derecho á vivir. Para ellos no excitaría la compasión: invocaría el derecho.

—¡Todo eso es teórico! Volvamos á la realidad. Escriba usted un cuento referente á los aguinaldos, y en él puede asomar cierto

socialismo. El socialismo está muy de moda. Resulta elegante. No me refiero, naturalmente, al socialismo de Guesde, ni al socialismo de Jaurés; hablo del socialismo prudente que las personas bien educadas oponen, con acierto y oportunidad, al colectivismo. Pueden intervenir en su cuento juveniles personajes. Ha de llevar ilustraciones, y sólo agradan las figuras bellas. Ponga en juego una señorita encantadora; eso no le será difícil.

—No, no es difícil.

—¿Podría intervenir en su cuento un mozalbete deshollinador? Tengo un magnífico grabado en colores que representa á una señorita en el momento de dar limosna á un deshollinador en la escalinata de la Magdalena. Podríamos aprovecharlo... Hace frío, nieva, la señorita se compadece del deshollinador. ¿Comprende usted?

—Sí, muy bien.

—Borde usted en ese cañamazo.

—Bordaré. Vea cómo: el deshollinador, loco de agradecimiento, se arroja al cuello de la señorita, que resulta ser la hija del con-

de de Linotte. Al darla un beso, imprime en la mejilla de la muchacha una O de hollín, una O redonda y negra. Se ha enamorado. Edmée (la condesita se llama Edmée) no es insensible á tan sincero amor... La idea resulta conmovedora.

—Sí... Podría usted sacar algún partido...

—Me anima usted á que continúe... Ya en su habitación suntuosa del bulevar Malesherbes, Edmée siente por primera vez deseos de no lavarse; quisiera conservar en la mejilla la huella de los labios que allí estamparon un beso. Entretanto, el deshollinador la siguió hasta la puerta, y se quedó como extasiado al pie de los balcones de la adorable criatura... ¿Está bien?

—Ya lo creo...

—Prosigo. Al día siguiente, muy temprano, Edmée, acostada en su camita blanca, ve al deshollinador que asoma por la chimenea de su aposento. Arrójase ingenuamente sobre la muchacha y la cubre de pequeñas O de hollín, muy redonditas. He olvidado decirle que la belleza del muchacho era maravillosa. La condesa de Linotte le sorpren-

de en tan agradable ocupación. Grita, llama. El sigue tan afanoso que ni la oye ni la entiende.

—Amigo Marteau...

—Tan afanoso que ni la oye ni la entiende. El conde acude. Su alma es la de un aristócrata. Coge al deshollinador por la culera del pantalón, que es precisamente lo que se ofrece á sus ojos, y le arroja por la ventana.

—Querido Marteau...

—Abrevio. Nueve meses después el deshollinador se casa con la hija del conde. Ya era hora. Tales son las consecuencias de una caridad bien entendida.

—¡Amigo Marteau: se ha burlado usted de mí á su gusto!

—No son burlas. Termino. Ya casado con la señorita de Linotte, el deshollinador, después de adquirir un título pontificio, se arruina en las carreras.

Luego es fumista en la calle de la Gaité, en Montparnasse. Su mujer está en la tienda y vende salamandras á diez y ocho francos, pagaderos en ocho meses.

—Amigo Marteau, esto no resulta interesante.

—Cuidadito con formular apreciaciones ligeras, amigo Horteur. Lo que acabo de relatar es, en substancia, *La Caída de un Angel*, de Lamartine, y *Eloa*, de Alfredo de Vigny. Sea como sea y mírese como se mire, vale más que todas sus historietas lastimosas, útiles para engañar á las gentes y conseguir que se crean muy buenos cuando en absoluto no lo son, y que practican el bien cuando en realidad es todo lo contrario; para que supongan fácil ser caritativos, cuando es la cosa más difícil del mundo. Mi cuento es moral. Además, también es optimista y acaba de una manera satisfactoria; porque Edmée halla en la tienda de la calle de la Gaité la dicha que hubiera buscado inútilmente en los espectáculos y fiestas mundanas, si se hubiera casado con algún diplomático ó con algún militar. Mi querido director: ¿es cosa resuelta? ¿Publicará *Edmée ó la caridad bien entendida* en el *Nuevo Siglo Ilustrado*?

